

824

2945

FL

# ALMAS.

CUENTOS

ESCRITOS POR

ABEL C. SALAZAR



MEXICO

Imprenta y Litografía de Carlos E. Unda  
Callejón de la Igualdad 2010

1909

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO ALFONSO REYES

PQ7297

.S191

A4



FONDO LITERATURA

165995



*Alfonso Reyes*

863  
S.

A 5714

A mi querido  
Rodolfo, con mi  
gratitud y afecto cordial

Abel


¡OH! estos artículos, escri-  
tos en mi adolescencia, en-  
vío mi salud cordial á todos  
mis compañeros en la Escuela  
Nacional de Jurisprudencia  
en 1901: sintiendo no haber es-  
crito algo que me hiciera ex-  
clamar como á Maclair:  
"He tenido el lujo auténtico  
de realizar un ensueño."

A. C. S.



En Abril de 1909

33836



## Gonda Tristeza.

---

A DON LUIS LOPEZ MASSE.

¡Qué puebluco roñoso! dizque dijo al llegar el rufiancete sobrino del Cura, porque ha metido en tres ó cuatro partes el hocico.

¡Haragán y bellacazo! Mi pueblo huele á mejorana, tiene paisajes que parecen únicos, y su airecillo helado siempre, enrojece los carrillos apergaminados con sus alegres cachetinas.

Por un lado amarillentos lomeríos; por otro, azulados montes húmedos, y á Norte y Ocaso largas campiñas fértiles, humeantes rancherías, vacadas y..... ¡más campos y más ríos! Vamos!

Dan sombra á la iglesuela cenizos eucaliptos cuyas hojas siembran el atrio de corvas navajas de palenque, y á los bardales que la resguardan, abrigan á su vez jazmines y rosales. Dentro.....¡pues oro en volutas, oro en altares y oro en colum-

natas! ¡Ah, y eso sí, alumbrado constantemente por cirios cuyas flamas vándose bajando como en humilde acatamiento, Nuestro Padre Jesús de Villahelada! ¡Milagroso de veras!

Por calles y arbolados ríen tan limpios arroyuelos, que parecen de luz; pardas techumbres simulan viejísimos libros abiertos, y los Domingos, desgañitándose las esquilas en desesperados molinetes, congregan á los campesinos que salen, concluida la misa, contoneándose y carraspeando, luciendo el amplio calzón de manta, los rechinadores zapatos, la tabardina de colores y el sombrero de paja con escarchada soguilla de oro; al lado, las trezanas mujeres de túnicas de cambaya y arracadas de columpio; atrás, chicuelos de sudorosas frentes por el agua bendita que se untaron de prisa, y después el licenciado murmurador y quemante como un cacharro de puchero, turbas de viejecitas de sayas de merino y camándulas de hueso, parvadas de jóvenes sonando garbosamente las botas de paseo en cuya punta que traviesa espía bajo la orla de aplanchado percal se ahoga el sol, y por último, remangándose la capa, el Cura coloradote, sancochado, mascullando rezos ó quizás comiendo piñones que hacen su delicia, sigue el tumulto que se desbanda en la plazoleta obstruída á trechos por esteras sobre trípodes de palo, á cuya sombra diversos frutos exhalan sus perfumes. ¡Ah! y atrás el pobre barbero

que va mostrando en una bolsa el pico hambriento de las tijeras.

Yuca enmelada, naranjas y limones de saborcillo quemajoso, se agrupan en la fresca plazoleta. Aquí cestones con legumbres y pescados, allá huevos y pollos descabezados, y en las banquetas de piedra, lustradas por el roce, una constante rebatiña de moscardones.

Entre aquella multitud promiscua, Margarita y Carmela, sobrinas del señor cura, andan regateando ciruelas y magullando chirimoyas. Dicen que gustan de mentirijillas, y que tras los balcones espían y comentan vidas, sacando las cabezas al menor ruido como inquietas golondrinas. ¡Pero tienen el alma blanca como espuma de leche fresca, y la sesera durísima para avejarrones de malos pensamientos. ¡Frescas de rostro y espíritu!

En su casa todo brilla: macetas florecidas de acanto, pajarillos que trovan, higueras arracimadas, manojos de siempreviva, todo! La sala está charolada de puro limpia; el piano, con algo de carraspera, soporta pacíficamente frutereros de porcelana colmados de incitantes frutos de cera; en los muros, primores de aquellas manos: tarjeteros de serojo, repisas de chaquira y bordados de áurico gusanillo; en las rinconeras polvosas, santos prisioneros bajo fanales sin mancha, y en los sillones y consolas, tejidos de gancho y cojincillos de raso. ¡Las demás piezas ni se diga! ¡Y qué sopas de sémola y que

pollos en salmuera saben hacer aquellas manecitas!

El barrido corral es un Arca de Noé: gonzos blanquísimos que se antoja sentarse sobre ellos; una borrica, valentonzos gallos barnizados, el rocín que monta el señor Cura, gordos lechoncillos, un demoñejo de perro bravucón y tórtolas silvestres. Por allá pesebreras y trojes, y bajo techado la cárcel de aves menudas.

¡Este olorcillo de costumbres rancias es de gloria! Así los vinos; si reaños, muy puros!

Carmela y Margarita son felices. En días festivos van al Calvario á perfumar las naves con sus preces, ó siguen hasta el campo anegado en infinito silencio y honda paz. De regreso la noche les sale á su encuentro en Rancho Colorado. Este ranchejo parece un cuartel: un salonzado encalado, la era llena de resquebrajos, dos sauces que parecen morriones de hilachas amarillas y una jauría furibunda; he ahí todo.

El Rancho de Benhumea, de un doctor humildón y talentoso actualmente, se cae también de podrido. Tiene cubierta de tejamanil; dos ó tres columnas de ocote que sostienen aleros gachos; atrás, encerrados por tapias sarnosos, unos arbolillos muy flacos, y en los macheros amenazantes cerdos gruñones y mulas grenchudas.

¡Allí no van Carmela y Margarita!...  
¿A qué?...

De regreso al pueblo, viene el perro bravucón siguiendo las borrosas rodadas de las carretas.

Entre semana, Carmela y Margarita se dedican á su escuela. Una diminuta hilera de taburetes y una parvada de inocentes arrapiezas. Aquélla silabea, ésta se pincha los deditos respunteando y esotra garrapatea en la pizarra. ¡Qué ruido de avispero!

Idas las chiquillas, se sientan tras el vitral á contemplar el crepúsculo dorado; la vuelta del ganado y la salida de los rancheros que van taloneando sus cabalgaduras con tal desgano, que parecen tener las piernas descoyuntadas; la cabeza les campaneá, los brazos hacen inconscientes ademanes despreciativos y en los talones borrachos retiñen las espuelas.

Principia el taconeó de los transeuntes, se encienden los churrientos farolejos y en la plazoleta estallan alegres lumbraradas frente á montones de cacahuates y barrotes de cañamiel que vocean destemplados pillastrines.

Margarita y Carmela recuerdan los chistes de don Dimas Corvejones, el que hizo de Bato en una pastorela y empajó el pelícano, el tucán y la gallareta, que aun están sobre un ropero.

—Mira, dice una de pronto, ahí va doña Josefa del Hortigón. ¡Pero ha llegado al colmo del embuste! Sabe cuándo se recorta las uñas el gachupín bodeguero, y el

grueso de la gordura que suelta cuando se baña....

Y siguen platicando de aquella santa señora!....

El señor cura está engolfado en indigestas lecturas teológicas, sorbiendo trago á trago su taza de tabachín.

A esta hora la Botica es mentidero. Don Eulogio, sastre de corazón abierto como un camino, oliente á jabón después del remoquete, llega frotándose las manos. Cuenta su último hallazgo de flechas de obsidiana, el embotellamiento de un escorpión rabisco y de otra alimaña erisada de púas. Ya apuntó en sus "Efemérides" —¡cómo se le había de pasar!— la muerte por cólico hepático del caporal de Sierra Prieta. ¡Si en su libro consta desde el lugar en que yace la carroña de "Tres vidas," hasta el día en que Carmela empezó á tomar sal de Karlsbad para los cálculos!

El boticario despacha unguento doble que parece untaza de carro.

Voltea de pronto don Eulogio al oír un resoplido: es el caloso médico que se deja caer en la silla y ya descansa plácidamente.

Llegan después, el Lic. Barranco, cejijunto y de velludas orejas como obstruidas por algodones mugrientos; el Administrador de Rentas, y por último Don Marianito, el ricachón Don Marianito, agrado como el cemento y que dado el caso preferiría dejarse pinchar con bieldo, antes que soltar un céntimo de los sepulta-

dos.... ¡Dios sólo sabía en qué raíz de madroño ó en qué desviado cauce de río!

¡Y cómo se habla de sus arcones repletos de alazanas que eternamente emboscado oculta hipócritamente!....

Se torna la plática mosaico. Don Eulogio recuerda su famoso miserere. ¡Pero á quién se le ocurre comer tanto!.... Cuatro litros de capulines, dos platos de requesón, un pernil de cabrito, carne acecinada, diez panes y doce huevos duros!.... ¡Santo Dios!....

El Lic. Barranco exhuma dulces recuerdos de cuando fué á tierra cálida. Cuenta cómo creía ver en cada sombra de árbol que la luna proyectaba, un caimán, y en cada hoja seca un alacrán traslúcido como pedazo de caramelo, y cómo llegó á sentir alguna vez—por mera aprehensión—puñados de cabellos en el gaznate, babeo tenaz y un hormiguar constante, que son—según dicen—síntomas de intoxicación por veneno de alacranes. Ajo, ceniza de penca de maguey y chupetones en la picadura, son el remedio. ¡Eso sí, cuando la luna está en creciente, duele un poco el lugarcillo!....

—Margarita de mejoría! exclama el médico acomodando los piés cuidadosamente. ¡Simple catarro, catarro y más catarro!....

A la repentina badajada de las ocho escúrense todos; el puebluco se va adormilando y el silbato de los guardianes corre por las calles como loco.

En montes y bohios se apagan las humosas luminarias, y Margarita y Carmela, con tenazas herrumbrosas, sepultan en la ceniza los tizonos....

Muy de madrugada se arroja el puebluco en neblinas temblorosas; techumbres y senderos muestran vidrio en polvo; las matas de tomillo con el rocío de la mañana parecen candiles diminutos de cristal, que se rompen al soplo de los vientos, y como empujadas por la tierra se alzan las neblinas al anuncio del sol.

El caballo del señor Cura espera atado al cuerno que sale del muro; se calienta el labio inferior, blanducho como hule, con las duchas de vapor de su propio aliento.

El Ministro del Señor sale: lleva fieltro aleateante de paja, grises guantes de badana, capotón de casimir, bufanda de rojo estambre y gruesas espuelas de rodajas sonoras mordiéndole las botas.

Parece romperse el empedrado al duro piafar del rocín del señor Cura. Todo despierta. Aquí un burro destinado á padrear, peludo y dentón, mira remotísimas praderas gloriosas; novillos y toretes dormitan, y entre boñigas que humean y ante perros tumbados á la bartola, los carneros se insultan y se topan. Muy lejos, las chozas humarentas parecen quemarse, y en el aire vagan los mugidos de las vacas y el tronar de los rebenques.

El señor Cura va diciendo que sí con la cabeza á quién sabe qué preguntas; mien-

tras aquí, en su casa, Carmela y Margarita que oyeron ya la primera misa, sin fastidiosas rebujiñas, se lamen las boquitas untadas de natillas más blancas que la nieve.

Por las campiñas silenciosas cruzan las yuntas arrastrando arados sin mancera como arpones extraños, y los rapacejos del puebluco, sentados en los quicios de las puertas, esperan el sol.

Pero ¡válgame Nuestro Padre Jesús de Villahelada! Seguramente por su dolor reumático se volvió el señor Cura de la orilla del pueblo! ¡Se quedaron sin misa los de Joquitzingo! Detrás le sigue el viejo Dionisio, ginete en su mula zanqui-tuerta.

¡Y qué viejo que está Nicho! Tan milagrero como siempre. Y eso que tuvo la inflación de ser el mejorcito en fuerzas cuando ya grandote limpiaba los incensarios y sacudía sobrepellices y casullas.

Una tarde lluviosa de un Agosto soberbio llegó á casa de Margarita y Carmela, temblando por los truenos y por el agua, pegadas las ropas al pellejo. ¡Y no saldrá de allí... sino muerto!...

Su padre, infame salteador, era de los que agazapados entre vastas hediondillas ó bajo ampones tepozanes, aguardaba tenazmente el paso de las caravanas de indígenas, que entonando cantos monótonos iban á dejar sus ofrendas de pan y cera, ó á colgar de los torcidos ahuehetes que rodean el santuario milagroso del Señor



de Chalma, cordones umbilicales. Pero el bribonazo dudaba de que Nicho fuera su hijo, y para hacerlo desaparecer obligóle á que, emboscado entre malezas y con recién fogueada carabina, disparase sobre los comerciantes en café. Y Nicho oyó un disparo, la señal convenida; sintió pasar el proyectil un jeme arriba de su cabeza; no disparó, y aturrido estuvo escuchando ruidos y voces. Allí le encontraron muchos soldados, que le llevaron, con el cadáver de un infeliz viajero, ante el Juez de Villahelada.

Nunca quiso confesarse á sí mismo que su padre había tramado la emboscada. En doce años nadie le visitó en la cárcel. ¿Nadie?... ¡Qué mentira tan grande!... Las niñas Carmela y Margarita, sí. ¡Ya lo creo, ellas sí!

¡Ay!... ¡cómo se acordaba de... muchas cosas!... de muchas cosas!...

Y cuando salió de la cárcel, cuando volvió... miró saúces y campiñas hasta sentirse ciego, y escuchó trinos y rumores hasta ensordecirse. Alguien le dijo que su madre había muerto, y que su padre, paralítico, vivía.... Y.... tuvo un desvanecimiento y un dolor en el roblizo pecho, como de gran puñetazo; pero serenándose corrió á su choza, abrazó á su padre y le ofreció baratijas y dulces.....

Los que después le vieron, dicen que en el monte, ya solo, aullaba como un lobo que perdió su madriguera!...

---

## Almas Visionarias.

---

A JESUS E. VALENZUELA.

El más extravagante de mis sueños. Figuráos, que tras un reblandecimiento cerebral á consecuencia tal vez de trabajos excesivos, había tenido que entregarme á involuntaria molicie contemplativa, al balcón festonado de pasionarias asomado siempre, viendo la eterna polvareda de las nubes.

Afirmaba el médico que la mejoría era muy rápida, aun cuando en contrario hablaran mi delgadez y color de ladrillo.

Debo morir, me decía, y presiento que se cumplirá tal deseo. Mi estómago rebelde rechazaba todo alimento, y á pesar de inyecciones y tizanas, invadíanme incontrastables letargos. Horas antes de morir, pedí vestido negro, montera de seda y guantes oscuros también. Ya vestido, sentado en amplio sillón, fuí quedando para siempre dormido.

¡Mentira! ¡Cómo dar á ustedes la idea! . . . . Siéntese con toda exactitud, lo que al hundir la cabeza en un tanque: abriendo los ojos se agrandan las cosas; un céntimo es broquel, y un guiño pupila irritada, en tanto que del exterior llegan risas y canciones roncadas y muy confusas.

Empezaron preces y letanías por el descanso de mi alma, sin que cesaran lloriqueos de quienes habíanme amado. Tenía, dentro del ataúd, inquietudes que no sabré nunca explicar. Me impacientaba, ¿qué?

Cuando á la siguiente mañana sentí que me levantaban, estoy seguro de haber sonreído con alegría y satisfacción insólitas. Repitiéronse rogativas y sollozos, y el balanceo del féretro en las cuerdas, me anunció que descendía.

Quedé totalmente cubierto por tierra y losas; se abrieron los ojos de mi espíritu, y empecé una vida extraordinaria.

Muros y tabiques que para los vivos separan fosas y gavetas, no existen para nosotros. Las distancias que median entre las tumbas, constituyen avenidas como en el mundo exterior, y cada sepulcro, con su alcatifa musgosa, es casa en aquel mundo subterráneo. Es interminable la prolongación de habitaciones; derrumbábase algunas masticadas por años de humedad; otras lucen brillo de lluvia reciente, las más son pardas tirando á negro.

Allí las almas son como perfume. Voy á explicarme lo mejor que pueda.

Suponed gotas de aceite y de otros líquidos que tengan densidad heterogénea, flotando en amplio vaso con agua límpida; no habiendo afinidad entre las gotas, cuando se acercan, se deforman simplemente sin que haya fusión íntima. Pues lo mismo sucede con las almas, que—permitid la frase—son gotas de perfume.

Olvido perfecto llena el pasado. La sutileza de aromas constituye abolengo, aristocracia en los espíritus. Olvidaba decir que al llegar un espíritu, es recibido y mostrado como recién nacido en todas las casas, y por último, conducido á mudo llano, amarillento y triste, donde blanquean osamentas dispersas y silban con misterio profundo sauces que se deshojan. Allí queda colgado igual que un capullo. Llámase Campo de la Desolación.

Más lejos, circundado por árboles de copas mucho más grandes que montañas, y de hojas semejantes á las de monstruosos agaves, está un valle que intrincan vegetales de flores y frutos rarísimos. Unas flores tienen forma de bocas enormes y carnidas, y sus frutos parecen caduceos; azules otras, remedan trozos de sulfato de cobre, lilas y blancas como nubecillas; las escarlata son fofas como esponjas; más bien parecen cruentos pulmones de res, y se antojan la mayor parte, cabecitas de niños orejados.

La luz que todo inunda, no sabré decir de dónde proviene; es apacible, de oro, como la de algunos crepúsculos de la tierra. Llámase Valle de la Destrucción; y aun cuando no es la palabra que usamos, digo así, porque acércase mucho al significado de la verdadera.

Allí flotan las almas, y se confunden y revuelven buscando perpetuamente su alma AFIN, su alma homogénea, con la que, una vez hallada, se funden íntimamente; y de su beso nace fúlgida y alargada flama que oscila y se sacude como flexible cuchillo que hasta su completa destrucción fuera disminuyendo.

Hay espíritus que hace miles de años buscan inútilmente, y son constantes sus excursiones al Valle de la Destrucción. Allí anda el espíritu de un tal Buckingham, que dizque regó en vida miles de joyas, y trasciende á pelambrea de cabra; y un Jesús que habiendo regado simplemente palabras, huele á perfume tan delicado, tan sutil, como si hubiera cruzado millares de millones de leguas á través de infinitas nubes.

El Valle de la Destrucción está refrescado por ríos de aguas transparentes, pero no líquidas; fingen rollos movibles de lienzos gris perla, que pasando por fiero boquete rocalloso, tirasen de su extremo séres invisibles. A ese boquete van muchas almas que desaparecen de pronto en aspiración brusca. Por allí escapan los que al restregón de aquellas linfas tratan

de quitarse algo que les separa de otros espíritus para destruirse.

Oyese un ruido especial, como de . . . . quien ha estado bajo arcadas de acueducto, puede darse cabal idea. A intervalos regulares, hay momentos en que todos aquellos perfumes se incendian, tal como si ponto encrespado, suponiendo tal cosa posible, salpicárase de alcohol, éter y otros líquidos volátiles y de pronto se acercara una bujía. ¡Es una confusión de colores, y algunos tan extraños, como no ví jamás! ¡Cómo, diréis! Combinados verde y añil dan azul, y así todos. Sin embargo, desmentirme no podréis, porque no habéis ido nunca, y yo comprendo que soy impotente para demostrar mi aserción.

Este incendio, es como recompensa y castigo; sufren todos, pero con dolores tan raros, que son humanamente inexplicables; como acero, hierro y cobre, no podrán explicar sus sensaciones cuando los muerde un corrosivo. Lo único que puedo decir para tratar de que entendáis, es esto: el sufrimiento es allí, como la imagen, como el reflejo de un pez sobre la luna que piadosa enjalbega las profundidades del océano.

Nada puedo decir de mi dolor. ¿Qué siente una liga cuando se la estira y qué cuando queda libre? . . .

Desde mi llegada estoy siendo perseguido por un espíritu centenario que juzga ser mi gemelo, y trata, acercándoseme,

de provocar una fusión imposible, porque sobre mí pasa como gota de azogue sobre plancha de vidrio.

Mi espíritu, ávido de hallar su gemelo, está esperando el tuyo, amada mía!



### Un alma triste.

A JOSE JUAN TABLADA.

Junto al bullente fontanar, como queriendo subir y quizás por la fatiga exhalando humillo azul, entre higueras y nogales, el rancho de Dionisio se echa para atrás, temiendo rodar empujado por el monte. Bajo techados que sostienen horquetas de madroño, cabecean las mulas inquietas, esperando el carro diminuto que de una galopada plantan de porrazo en el puebluco; mientras el airecillo que trae hedentina de estercoleros, sacude los encinos y los tepozanes que custodian la lente de un pozo ruin. Ollones desgolletados sirven de macetas cuyas plantas son tomillo, yerbabuena y mejorana; granza de cebada y pedazos de costera recargados en el muro forman la casa del perro pitañoso, porque las gallinas duermen al raso, bajo las rudas hediondas ó las retamas llenas de vainillas reseca.